

ANA MARIA *Dm* BORRERO *1914*

CORREO DE CUBA...

SIN poder explicarme el motivo, donde quiera que me haya encontrado a través de mis viajes, he tenido siempre miedo al correo de Cuba... Ansiadas y soñadas bajo las nieblas de París y Londres, necesidad ardiente del corazón por las llanuras de Holanda y Bélgica, las cartas de Cuba me han quemado los dedos antes de abrirlas... ¿Sería acaso porque en nuestra tierra, por pequeña, las desgracias ajenas parecen más nuestras, o por esa prisa de nuestros hermanos en comunicarnos el amargo vaivén de los acontecimientos más tristes? ¿O porque Cuba, la elegida de Dios, no ha aprendido todavía a reír, a ser feliz?

En estos tres meses escasos de ausencia, cada carta de Cuba nos ha traído un sollozo... La muerte de Antonio Díaz Albertini, la de Barnet, la de Leandro de la Torriente; la de un hermano de María Dolores Machín; llevándose todos en su mortaja los últimos girones de la vida que fué, de la hidalgúa cubana de principios de siglo.

Pero la muerte es, de todas las penas, la menos triste... Conviene a Dios que así suceda, y nos doblegamos dulcemente sin saber al fin si son ellos los que han empezado a vivir o nosotros los que hemos empezado a morirnos...

Pero las muertes que no podemos aceptar, contra las que todo nuestro ser se revela, son las muertes que el hombre decreta cuando otros hombres u otras ideas le estorban. Aún tiembla en mis manos la carta de Cuba donde se me escribe: «Carteles» y «Vanidades» definitivamente cerrados... ¡No parece posible! ¿Es que resulta tan fácil ya entre nosotros el imitar al Creador, y cortando el hilo de la vida a instituciones que son como individuos, sanos, robustos, honradamente fuertes, sostenidos por años y más años de esfuerzo gigantesco, y respaldados por millares de conciencias?

Recordamos entonces que un día también tuyo que cerrarse el hotel «Inglaterra», por cuyas aceras y rincones se había fraguado la libertad de Cuba. Suprimir la Acera del Louvre en La Habana, era amputar a la sociedad habanera su altar revolucionario más lleno de romanticismo. Los Cárdenas todos, los Betarte, los Maciá, la juventud florida que alimentó con su sangre a la insurrección y respaldó las revoluciones todas, si eran justas. Cerradas las puertas del «Inglaterra»

La Habana parecía haberse quedado repentinamente ciega. Se cruzaba por sus esquinas en puntillas y hablando bajito... Hoy se cierra «Carteles», y es como si se hubiesen cosido los labios a la República.

Unida a esa empresa desde el año diecisiete, he paseado por Europa y América mi carnet de «Carteles» como un amuleto que me hubiese abierto todas las puertas. En París se me daban para «Social» y «Carteles» y «Vanidades», las informaciones más exclusivas. «A usted le damos para «Carteles», se me decía, lo que no le damos ni aún a «Vogue». Y en efecto, allí están veinte años de París y de La Habana, escondidos entre las páginas de estas revistas; el latido mismo de la vida cubana de los últimos tiempos que con toda seguridad no habrá de tomar en cuenta la historia. Aun hace unos días, mis credenciales de «Carteles» tuvieron fuerza mágica en la Embajada Americana de México...

Pero este tráfico por el extranjero no fué simplemente usado para deleite propio, sino que la experiencia obtenida por el constante hurgar en las industrias, en los talleres, en las artes, fué repartida en Cuba a manos llenas desde el año veinte a la fecha, desde las páginas de «Carteles» y «Vanidades». En los propios momentos en que las mujeres de Cuba se despertaban a las actividades industriales, a las artesanías y a las artes domésticas, «Carteles» derramó sobre la obrera cubana a través de nuestras crónicas de Europa, una cantidad de cultura que nuestros gobiernos jamás brindaron a la mujer que trabaja en Cuba.

Cuando las casas de lujo de La Habana escondían al público su preciosa mercancía —desde «El Encanto», y todo esto tiene que agradecer a esta casa la obrera cubana— poniendo a disposición de la mujer humilde la mejor producción de Europa, y completada esta información por la explicación detallada y escrita desde las páginas de «Carteles», se regaló al pueblo trabajador de Cuba una cátedra abierta —gratuitamente—; una especie de academia de la elegancia, del buen gusto y de la cultura artística, que todavía, en 40 años de República, los gobernantes cubanos, hombres y mujeres, no han regalado a su amado pueblo.

Pero está visto que todo lo gratuito es nefasto. Como lo han sido nuestras campañas desde «Carteles» y «Vanidades» por los sombrereros de Cuba; por la industria de ropa hecha en Cuba contra la importación de ropa hecha americana; por las

obreras de la aguja y contra la explotación de los patronos y de las señoras ricas sin conciencia; por la vivienda del pobre; en pró de cocinas amplias y lavaderos a la sombra; por un mayor espacio vital en las casas baratas; por los indigentes de los barrios de cartón y hojalata; por los «mataperros»; por los artistas, en fin... porque no sé que ninguno de estos sectores haya protestado por el silencio de «Carteles»...

Para cualquiera de nosotros enterarnos de una injusticia y dar el grito de alarma era ya una función automática, y así por nuestras plumas pasó todo asunto de interés humano, de interés cubano. De haberse tenido que pagar por los interesados cualquiera de estas campañas para las que «Carteles» regaló miles de pesos en papel y mano de obra, hubiese costado una fortuna a los beneficiados. Por el pueblo de Cuba, usamos todo el material que nos vino en ganas, gracias a la generosidad infinita de Alfredo Gullez...

Pero he aquí otra carta, y otro duelo... El doctor José María Chacón y Calvo reintegrado a sus funciones de Consejero de Embajada. O lo que es lo mismo: desintegrado de la dirección de Cultura del Ministerio de Educación. Acaso para él ha sido una alegría, pero para nosotros es una pena. Ya teníamos como costumbre y como placer el seguirlo en su ronda infatigable a través de todo acto cultural cubano. Donde quiera que la inteligencia cubana hiciese un esfuerzo por romper el medio indiferente en que vivimos, allí estaba su presencia y su aplauso, su frase generosa y perfecta.

Su labor no fué tan sólo la de ayudar a los vivos, sino la de resucitar a los muertos... A los que duermen bajo tierra y a los que ha matado, dejándoles la vida, el otro hombre... Sólo su religioso tesón hubiese mantenido aun abiertos los pequeños, pero históricamente trascendentales salones del Ateneo de La Habana... Como pastor que reúne a sus ovejas, allí se nos supo atraer a la consagración de los que ya nada pueden darnos... Con la brillante y polifacética frase de un Juan J. Remos se nos hizo convivir con los poetas que supieron vivir su poesía... Con la frase docta de un Montoro, se nos colmó de cultura y de interés por la ciencia médica...

Calladamente, sosegadamente, Chacón y Calvo nos hizo colaborar con Lanuza, con Manuel Serafín Pichardo, con Fernández de Castro, aquellos presidentes del Ateneo de La Habana que fueron a depositar su cultura y su fortuna, como hoy el propio Chacón, en una empresa sin dividendos...

¿Quién vendrá a sustituirlo? ¿Ichaso, Vitier, Lizaso, Gastón Baquero, acaso una mujer?... Quien quiera que sea, vamos a desear que la honrosa designación recaiga sobre otro fanático de la cultura, bien repleto del «espíritu» de su oficio, a quien podamos también seguir ciegamente...

«En lo social, todo lo que muere por accidente, no está muerto del todo», ha dicho creo que Ingenieros, «y resucita un poco más tarde con mayor fuerza»...

Chacón y Calvo, libertado de su puesto oficial, comienza a vivir una vida más amplia en la mente de la intelectualidad cubana y extranjera... «Carteles», callado, empieza a hablar ahora con más razón a la conciencia del pueblo... «Vadidades», para el hogar cubano, para la

mujer que estudia y trabaja, empezará a ser una «necesidad inclumplida», lo que garantiza su vigencia permanente en el recuerdo de nuestras mujeres dignas...

Aquí, también, Pepín, muerto por occidente en plena juventud, empezó a influir más rotundamente en su empresa y en sus lectores, en la sociedad y en la decencia del país, tan pronto desaparecido físicamente.

Al fin la idea, el ensamiento, el ideal, es lo que cuenta, lo que determina la acción, y lo que precisa defender.

Por eso, —y mientras llegan las deseadas y tan temidas cartas de Cuba— tendremos que repetir:

«Amores perdidos, nada perdido; dinero perdido, nada perdido; ilusiones perdidas, ¡todo perdido!»

México, 1946.

M. Luis 20/46